

pavorosos: anormalidades, incestos, animalidad, bestialidad. Recordamos haber conocido expedientes calofriadores cuando revisamos el viejo Archivo de la Real Audiencia.

La clave de muchos fenómenos colectivos, de mucha idioteces, de innumerables degeneraciones reside en el conocimiento de tales sucesos.

En el norte de Chile hay pequeñas aldeas—que conocemos—donde la idiotez se pinta en muchos rostros. Rastreando el origen ancestral de esto lo hallamos en la promiscuidad y el incesto superabundantes allí.

Familias histéricas, grupos de epilépticos, atacados de delirios religiosos, pequeños sátiros locales que no respetan ni las personas familiares, forman una riquísima antología patológica.

El incesto, la inversión, los vicios solitarios colectivos o aislados en los internados y mil cosas más que entran en el oscuro dominio de «the well of loneliness» constituyen parte de tal haz monstruoso.

Ojalá que la lectura de esta novela o de otras semejantes determinara a nuestros escritores a bucear en el complicado mundo sexual de Chile. No deseamos fomentar la pornografía ni mucho menos, pero pocos países encierran un tesoro de anormalidad más sugerente que el nuestro.

Dentro de una explicación de muchos fenómenos político-sociales que intentamos, tendrá gran aporte el sentido psicopatológico, y, sobre todo, en los aspectos sexuales. Muchos actos que hoy aparecen oscuros o inexplicables por otros conductos, se aclaran de esta manera. Conocemos a un político cuyo destino se determi-

nó en un sentido debido a su origen sacrílego. Y hay otros casos interesantes de que trataremos en otra ocasión.

Nuestro largo conocimiento del mundo eclesiástico y congregacionista nos ha dado una experiencia, que Dios mediante, utilizaremos algún día en una novela. Estas y otras reflexiones ricas y densas contiene en germen *The wells of loneliness*. Ojalá que de su conocimiento otros saquen mayores sugerencias.—*Ricardo A. Latcham*.

## CRITICA

MIGUEL DE UNAMUNO, NOVELISTA-  
POETA-ENSAYISTA, por *M. Romera-  
Navarro*.

El autor de este libro (1) ha conocido personalmente a su protagonista pero, no obstante, su obra estará desprovista de exaltación y tendrá, hasta donde ello sea posible, la objetividad suficiente para mostrar a quienes no conocen la múltiple personalidad literaria de don Miguel de Unamuno.

Porque el autor, catedrático en la Universidad de Pensilvania, no se despoja en un solo momento de su hierática actitud profesoral. Lo imaginamos en un curso académico entre sus discípulos rubios que deben hablar un español estrafalario, vertiendo, con profesional paciencia, las páginas ardientes de *El sentimiento trágico* sin perder la compostura del expositor

---

(1) *Miguel de Unamuno. Novelista. Poeta. Ensayista*, por M. Romera-Navarro. Madrid, Sociedad Española de Librería.

que no quiere comprometer sus puntos de vista en el angustioso laberinto metafísico.

Habrá que interpretar este libro, ya que el mismo autor cuida de advertirnos en la portada su calidad de catedrático de la universidad norteamericana, como un guía para el lector extranjero que asiste a los cursos del profesor español en la obra apasionada y ardiente del maestro de Salamanca.

Sólo así nos explicamos que este libro, por lo demás tan acabado y completo, no tenga apenas otra efusión que la muy breve y personalísima de la dedicatoria. Y no es que creamos que la crítica haya de ser un delirio de interjecciones en mangas de camisa. Pero tratándose de un escritor como Miguel de Unamuno en quien, por sobre todo, hay que admirar al hombre Miguel de Unamuno, nos desconcierta la actitud de quien, sistematizador cultísimo y lector atento, se dedica a poner en orden los conceptos en síntesis clarísimas al estudiar al pensador; hace la anatomía de los personajes al comentar al novelista y cuenta las sílabas de más o menos del *Rosario de sonetos líricos* (que considera la mejor obra poética de Unamuno y que a nosotros nos ha parecido siempre la más desprovista de sustancia poética), cuando explica al poeta.

No pretendemos imponer al crítico nuestros propios puntos de vista. Pero queremos, al menos, precisar nuestra posición y puntualizar el desacuerdo. La verdad, acaso, estará en esta armonía de contrarios.

En Unamuno hay que considerar con el hombre al poeta. Que en él son una sola y misma cosa. Lleva a tal

extremo su afán de desnudez que un paisano suyo, autor de un retrato de Unamuno de hostil y rencorosa intención, califica su actitud literaria (actitud humana rectificará Unamuno) de «exaltación entre pueril e infernal de la personalidad, con exhibición de ésta a un grado de impudor sencillamente obsceno».

Pero, ¿por qué habría de mirarse con tanto desdén lo humano? Recordemos lo que al respecto dice uno de los más altos maestros del pensamiento español contemporáneo en uno de sus libros esenciales:

De uno u otro modo, es siempre el hombre el tema esencial del arte. Y los géneros entendidos como temas estéticos irreductibles entre sí, igualmente necesarios y últimos, son amplias vistas que se toman sobre las vertientes cardinales de lo humano. Cada época trae consigo una interpretación radical del hombre. Mejor dicho, no la trae consigo sino que cada época es eso. Por esto, cada época prefiere un determinado género.

Y más adelante:

No creo que haya sido necesario insistir sobre lo que va sugerido al comienzo de este breve tratado: que—consista en el pretérito o en lo actual el tema de la poesía—la poesía y todo arte verdadero versa sobre lo humano y sólo sobre lo humano. El paisaje que se pinta se pinta siempre como un escenario para el hombre. Siendo esto así, no podía menos que seguirse que todas las formas del arte toman su origen de la variación en las interpretaciones del hombre por el hombre. Dime lo que del hombre sientes y decirte hé que arte cultivas.

Y como todo género literario, aún dejando cierto margen, es un cauce que se ha abierto una de estas interpretaciones del hombre, nada menos

sorprendente que la predilección de cada época por uno determinado. Por eso la literatura genuina de un tiempo es una confesión general de la intimidad humana entonces.

Difícilmente reconocerán a don José Ortega y Gasset que habla con tan férvida elocuencia desde sus *Meditaciones del Quijote* quienes, tomando el rábano por las hojas, han visto en él al corifeo de la deshumanización del arte.

Unamuno, el hombre Unamuno, ha sido el tema esencial del poeta Unamuno. Y empleo la palabra poeta en su sentido más amplio y general de creador. Y así cuando nos habla en algún exaltado personaje de sus ficciones novelescas, como cuando en verso desnudo nos muestra su alma torturada por metafísicas congojas, o cuando en sus ensayos escritos conversacionalmente deja vagar su espíritu libre y arbitrario, hemos admirado a un hombre en plenitud, lleno de dudas, de contradicciones, de anhelos: de apasionada y apasionante inquietud.

Y Unamuno, hombre de personalidad desbordante, no ocultará en ningún momento las aparentes contradicciones en que pueda incurrir a lo largo de su vida y de su obra. ¿Puede honradamente convertirse el crítico en un cazador de contradicciones, en un hombre cuya arma favorita es la paradoja, gran deporte intelectual porque acostumbra a desconfiar de las inmutables verdades de una sola cara y nos muestra cada cosa con su ironía? Acaso al mismo Unamuno pueda reprochársele el que alguna vez haya intentado defenderse del cargo de paradojista. «Montaña rusa de contradicciones» se llegó

a llamarlo en el fenecido parlamento español. Fórmula que no está mal que espante a un político que hace de su vida una servil e hipócrita sujeción a la consecuencia pero que no tiene ningún sentido peyorativo aplicado a un intelectual que construye su obra sobre la base de rectificaciones que brotan del continuo combate consigo mismo que es su vida.

El profesor Romera-Navarro trata de mostrarnos que hay una sola contradicción que pueda considerarse como tal en la caudalosa obra de su autor. Y nos la cita con precisión matemática. Acaso tenga razón el profesor porque aquello que suele citarse como contradicción en los escritores que escriben conversacionalmente no es sino el descubrimiento de aspectos inesperados en temas y cosas de los que han hablado antes sin mostrar toda su esencia. Pero en la contradicción permanente, que es también la permanente rectificación, radica la esencia de lo humano. Hoy nos sería imposible concebir un hombre que fuera una perfecta e inmutable línea recta. Y hasta para llegar a ser una línea recta debió antes ser un punto y ponerse en movimiento hasta hie-ratizarse en su inmovilidad geométrica.

El libro del señor Romera-Navarro es claro, metódico, ordenado. No es el libro que nosotros hubiéramos deseado sobre el autor de *El sentimiento trágico*—ése, en rigor, a nadie, sino a nosotros mismos, tenemos derecho a pedirselo—, pero es, cumplidamente, el libro de un profesor universitario sobre un maestro, a quien no ha faltado ni la gloria del martirio para hacer más alto y resonante su magis-

terio. Como el noble Fray Luis de León, helenista y profesor de Salamanca, como él, que entre polémicas con adversarios crueles y sufrimientos en los calabozos de la Inquisición, sublimaba su alma meditando en *Los nombres de Cristo* o imaginaba una pausa de serenidad en la áspera lucha cantando en luminoso verso castellano una platónica divina poesía.—*Roberto Meza Fuentes.*

SARMIENTO, por *Alberto Palcos.*

Antes de escribir este libro (1) Alberto Palcos había ya publicado interesantes estudios sobre el genio y la vida emotiva que lo habían confirmado en una aventajada situación entre la juventud intelectual argentina.

Aunque teñida de un carácter apologético desmesurado y enfático, que los lleva a veces a increíbles e inexplicables endiosamientos, los jóvenes argentinos han emprendido con entusiasmo la revisión de sus valores. De cada de una de las figuras representativas de la nacionalidad argentina podría señalarse una extensa y polémica bibliografía. Los muertos siguen riñendo combates pero benditas sean esas póstumas batallas si sirven, como lo esperamos, para orientación e iluminación de los vivos.

Sarmiento, figura continental, no sólo ha movido plumas y corazones argentinos en el anhelo de justicia que sienten cuantos, con respeto, se

---

(1) *Sarmiento. La vida. La Obra. Las Ideas. El Genio.* El Ateneo. Buenos Aires. 1929.

acercan a su figura inmensa. Personalidad tan llena de facetas deja huella profunda en la enseñanza, en las letras, en la política, en la milicia, en la diplomacia. Gran civilizador, tiene el heroísmo de desafiar el ridículo cuando, al declarar la guerra a muerte al gaucho, lo motejan de loco y excéntrico. Fuerza de la naturaleza, a despecho de sus desventuras conyugales tiene tiempo sobrado para consagrarlo al amor en medio de sus luchas sin tregua y sin cuartel.

¡Y qué contradictoria su vida! Perseguido por la tiranía escribe románticamente: «bárbaros, las ideas no se degüellan». Y otro día, ministro dimisionario, sintiéndose herido por la espalda en una encrucijada parlamentaria, exclama en pleno Senado:

Creo que esta será la última vez que hablo delante de una asamblea; puede decirse que es de ultra-tumba que lanzo la palabra.

Y la irrupción del exabrupto en el momento patético en que él mismo pone una lápida a su vida pública:

Se acabaron las contemplaciones: tengo las manos llenas de verdades, que voy a desparramar a todos los vientos para disipar los fantasmas y neblinas que asustan o enceguecen a la opinión pública.

El anciano glorioso ha dominado ya la vida argentina desde sus cumbres más altas: ha sido director de la enseñanza pública, legislador, ministro diplomático, presidente de la república. Después de la presidencia, senador, ministro y candidato a la nueva presidencia. Fanático de la libertad cuando lo perseguía el tirano,